

Reseña de: Camps, Victoria (2013): *Breve historia de la ética*, RBA, Barcelona, 2017

ISBN: 978-84-9056-789-0

Ana Isabel Hernández Rodríguez: "Reseña de: Camps, Victoria (2013): *Breve historia de la ética*, RBA, Barcelona, 2017"
IILEMATA, Revista Internacional de Éticas Aplicadas, nº 33, 287-290



Breve historia de la ética fue publicada por Victoria Camps en la Editorial RBA en 2013 y reeditada en 2017. La cuidada estructura del libro cuenta con un prólogo, veinte capítulos, notas y referencias bibliográficas. Como colofón, ofrece un índice onomástico, un apartado de gran ayuda a la lectura reflexiva y a la investigación que, desafortunadamente, se encuentra cada vez menos. Los títulos de los capítulos son, a un mismo tiempo, sintéticos y aclarativos, situando al público lector en una posición cronológica que, además, está acompañada de una señal sinóptica que sintetiza el contenido.

El primer capítulo "Los sofistas y Sócrates. Las primeras preguntas" (pp.15-34) analiza el comienzo de la reflexión moral como tal, ubicado en la denominada sofística. Camps hace sobre todo de Protágoras una subversión de las nociones cuyo significado había sido fijado por una ley natural incuestionable que colocaba a cada uno en su lugar, e introduce escepticismo y relativismo en el pensamiento. La figura de Sócrates se distancia y cobra especificidad mediante la proclamación explícita no solo de no ser sabio, sino de aprender de los demás, de buscar el saber en lugar de ofrecerlo (30). "Platón. La ciudad justa" (pp.35-52) se ocupa de los diálogos del filósofo ateniense y analiza los preceptos que se encuentran en *Gorgias*, *La República* y *Las leyes*: si bien el primer texto busca argumentar con acierto por qué es mejor la justicia que la injusticia, en *La República* se dibuja la ciudad utópica de Platón, con tintes a veces progresistas y, otras veces, reaccionarios. En el tercer libro, muestra la desilusión política de Platón tras reconocer que la condición humana está llena de imperfecciones (49): las leyes, pues, y aunque no el bien superior, se alzan como el único bien al alcance de los mortales. El distanciamiento respecto a la especulación sobre las ideas de Platón y al establecimiento de una utopía de la ciudad justa es el motor de

las reflexiones del filósofo de Estagira. “Aristóteles. La vida buena” (pp.53-78) explica cómo, a través de los textos *Ética a Nicómaco*, *Ética a Eudemo* y *Magna Moralia*—este último de dudosa autenticidad (54)— puede verse cómo, para Aristóteles, alcanzar el bien, la mejor forma de vivir, ya no es una cuestión de desarrollo del conocimiento, sino de experiencia y de buena práctica. Una vez estudiados los clásicos de la antigüedad filosófica, Camps desarrolla el cuarto capítulo “La ética helenística. ¿Cómo hay que vivir?” (pp.79-98) y advierte que el s. IV a.C es el momento en que la *polis* griega cede el paso frente al surgimiento de entidades sociopolíticas de mayores dimensiones. Además, subraya que es aquí donde empieza a palpase la antítesis entre el individuo y el Estado (79). En las primeras páginas del quinto capítulo “La ética medieval. Temor de Dios” (pp.99-116), la autora afirma con rotundidad que el cristianismo no es solo el movimiento religioso que nació en el Imperio romano y tiñó de arriba abajo el pensamiento filosófico, sino una tradición histórica que aún pervive y ha marcado el sentido de la civilización occidental (99). Por tanto, Camps niega al pensamiento cristiano la condición de filosofía. La Edad Media es, en gran medida, una vuelta a las pautas prácticas de Platón: las virtudes de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, una vez cristianizadas, son adoptadas por los teólogos medievales. En el sexto capítulo, “El Renacimiento. La invención del sujeto” (pp.117-139), Camps se muestra de acuerdo con la tesis de Paul Oskar Kristeller: las enseñanzas morales del Renacimiento no se encuentran en tratados filosóficos, sino en los géneros literarios cultivados por los humanistas (119). El prototipo renacentista del *uomo universale*, de gran interés para la filosofía moral, constituye una suerte de preconfiguración de la autonomía en tanto ideal de la modernidad y de su figura del individuo. De hecho, los escritos en primera persona, los famosos *Ensayos* de Montaigne, a quien se atribuye la invención del término, están escritos en primera persona, la introspección es el método, como ya lo fue en Petrarca y lo será más tarde en Descartes, si bien en su caso con pretensiones más científicas que literarias (121). El siguiente capítulo, “Hobbes. La ética del miedo” (pp.140-157) se adentra en el s. XVII, una centuria que marca los inicios del capitalismo, y se centra en el padre de la filosofía política moderna que vincula, de manera íntima, la filosofía moral y política a la experiencia del miedo; o, dicho de otro modo, que sitúa al miedo connatural al ser humano como origen del orden social y de las obligaciones morales y políticas. Esta aseveración provoca que Camps se pregunte si es ética la teoría de Hobbes o, simplemente, se trata de una explicación psicológica y naturalista del porqué del poder político (151) que, en última instancia, identifica la justicia con el derecho positivo (153). En este sentido, Camps se adhiere a la tesis de Crawford Brough Macpherson que interpreta como un imprescindible hobbesiano la necesidad de la soberanía pues, tal y como dictamina el *Leviatán* (1651), sin la soberanía es imposible la sociedad civilizada. Bajo el rótulo “Spinoza. La ética de la alegría” (pp.158-176), Camps expone las líneas éticas principales del pensador que, aparte de hacer de todos los seres tendencias a mantenerse en movimiento, a autoconservarse y, en definitiva, a perseverar en su ser, era un defensor acérrimo de la tolerancia y el filósofo que equiparó, necesariamente, el conocimiento de la naturaleza y el camino esencial de la felicidad humana. “Locke. El primer liberalismo” (pp. 177-193) es el noveno capítulo donde los conflictos políticos ingleses de la época son el objeto principal de estudio de la obra lockeana más conocida a pesar de publicarse de manera anónima: *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1689). Los puntos mediante los cuales Camps hace una revisión del pensamiento ético y político de este autor son la legitimidad política, el par libertad/propiedad, el derecho natural y la obligación política, el individualismo posesivo, la defensa de la tolerancia y, por último, los principios del conocimiento y el lenguaje moral. El siguiente hito clave en este volumen es el otro gran empirista escocés, David Hume, que radicaliza el escepticismo y que se alza en la

historia de la filosofía como la figura más relevante de la Ilustración inglesa (195). “Hume. El sentido de la moral” (pp. 194-208) aclara las relaciones entre la pasión y la razón, o entre el *es* y el *debe*, así como la comprensión de la justicia como una virtud artificial establecida por el autor del *Tratado de la naturaleza humana* (1738). El undécimo capítulo se dedica al filósofo que más defiende al individuo auténtico y singular y que se quiere distinto al resto de sus contemporáneos, lo que le llevó a enemistarse con otros genios como Diderot. No en vano, el título de este apartado es “Rousseau. El individuo contra la sociedad” (pp. 209-225) y presta una especial atención a la teoría rousseauiana del origen de la desigualdad, de la voluntad general y de la educación. Siguiendo en el siglo XVIII, el filósofo alemán crítico y trascendental por antonomasia es el objeto de estudio del capítulo “Kant. La autonomía de la moral” (pp. 226-251). Después de analizar las bases de la *Crítica de la razón pura* (1781) y su vertiente teórico-cognoscitiva, se indagan los porqués kantianos del interés de la razón *en saber* de la libertad de la voluntad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Se propone, en última instancia, que el deber moral es un imperativo universal y la dignidad y la autonomía son principios. Además, como críticas a la ética kantiana, Camps subraya la filosofía de los utilitaristas y la de Hegel. También la de Hannah Arendt, pues Eichmann es de filiación kantiana y, para un nazi, es racional la exterminación de los judíos en tanto el Holocausto aparece como una necesidad moral (250). Después de este apartado dedicado a Immanuel Kant, Camps analiza, tal y como había señalado en la “Presentación” de la compilación de textos *Concepciones de la ética* (1992), editada por Osvaldo Guariglia, Fernando Salmerón y ella misma, a dos pensadores que denunciaron la falsa universalidad de los valores morales: Hegel y Marx. Así, en este decimotercer capítulo “Hegel y Marx. La historia como progreso moral” (pp. 252-267), presentan al maestro del idealismo absoluto y a su más prolífico discípulo —de ala izquierda— como los representantes de toda una revolución contra el pensamiento ético individualista y, después de exponer la actualización hegeliana de la ética en el Estado (255), Camps desentraña la concepción marxista de la moral como ideología, pues esta es inevitablemente clasista. Con “Bentham y Mill. La ética de la felicidad” (pp. 268-288), aparecen los dos máximos exponentes del utilitarismo que, siguiendo algunas directrices de la filosofía de Hume, aseveran que la utilidad es la característica más importante que han de albergar las teorías morales. Es de resaltar la relación crítica de contenidos que establece Esperanza Guisán y con la que comulga Victoria Camps: el criterio utilitarista de la mayor felicidad para el mayor número se sigue del individualismo que propugna que cada uno debe esforzarse en promover su bienestar individual (287). De hecho, la carencia utilitarista de principios morales últimos es una de las razones por las que, más tarde, John Rawls articulará su *Teoría de la justicia* (1971). El decimoquinto capítulo “Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche. El individuo contra la moral” (pp. 289-310), Camps estudia los filósofos por los que el siglo XIX es el siglo archiconocido por cuestionar los ideales de la Ilustración. Los enclaves terminológicos de los que se sirve la autora para explicar las maniobras detractoras de esta triada filosófica respecto al pensamiento ético son, en el caso de Schopenhauer, el pesimismo y, en Kierkegaard y Nietzsche, el salto a la fe y la transvaloración, respectivamente. Ya en el siglo XX, Max Scheler aparecerá en la escena filosófica para atemperar tal maniobra de desmitificación.

El decimosexto capítulo “La ética analítica” (pp. 311-332) se ocupa de la nueva manera de hacer filosofía que se desarrolla en Europa a partir del s. XX y que convierte al lenguaje en el nuevo núcleo del análisis filosófico. El intuicionismo de George Edward Moore, la recepción del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein por los positivistas del Círculo de Viena y el prescriptivismo de Richard Hare son los temas mediante los cuales Camps saca a la luz las consecuencias, en la reflexión ética, del llamado giro lingüístico. En “Rawls. El debate sobre la justicia”

(pp. 333-353), Camps profundiza en lo que ya apuntó en el capítulo decimocuarto y considera a John Rawls un líder de la actual recuperación de la ética. Su posición, que se enfrenta al utilitarismo mientras se acerca a un intuicionismo ético (página), está centrada en la defensa de una justicia distributiva. El anarquismo ético de Robert Nozick aparece en estas páginas como una de las réplicas más importantes a la teoría ética de Rawls. Asimismo, el feminismo también pone sobre la mesa las insuficiencias de todo pensamiento liberal, ciego al sexismo. El siguiente capítulo, "La ética de la comunicación" (pp. 354-368), tiene como protagonistas a Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas que, junto a Rawls, inician un debate que se prolonga hasta nuestros días. Atrás queda el monólogo como herramienta de validación y el diálogo se convierte en la clave de la pragmática trascendental. De la subjetividad se pasa a la intersubjetividad y, sin embargo, la universalidad no se deshecha como ideal ético. El penúltimo capítulo es un análisis que relaciona de manera minuciosa a Richard Rorty, Alasdair MacIntyre, Michael Sander, Quentin Skinner, John Greville Agard, Philip Pettit, etc, a través del estudio de las relaciones entre las teorías éticas de "Pragmatistas, comunitaristas y republicanos" (pp. 369-391). Camps subraya, por ejemplo, cómo el clima filosófico postmoderno apuesta por desterrar conceptos tradicionales tales como verdad o justicia y deja al descubierto las vergüenzas del pensamiento occidental de raigambre moderna. Sin embargo, la reflexión ética sigue estando ahí, apoyada en el referente de esas grandes nociones omniabarcantes, a través del respeto a la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (1948). Y, por último, el vigésimo. "La ética aplicada" (pp. 392-406) comienza con uno de los pensadores más importantes e inauguradores de la llamada bioética y sus principios de beneficencia, autonomía y justicia, Stephen Toulmin. La ética, pues, se vuelca hacia los problemas prácticos más acuciantes de nuestra contemporaneidad, y se libera de las cuestiones teóricas. De hecho, Camps explica cómo las tres formas de hacer filosofía moral, desde las virtudes tal y como se dio en los orígenes griegos, pasando por los principios universales establecidos con la modernidad, y desde las consecuencias de las acciones tal y como propusieron las éticas utilitaristas, son recogidas por las éticas aplicadas actuales. Las disciplinas de la medicina, así como las de la banca y de los medios de comunicación, entre otras, han hecho imprescindible la reflexión ética para guiar sus respectivas dinámicas de actuación. Así, en definitiva, Camps nos enseña cómo la ética se ha convertido en una reflexión que analiza y busca soluciones a los problemas más allá de las dimensiones científica, técnica, social o jurídica de las actividades humanas.

En conclusión, con *Breve historia de la ética* de Victoria Camps nos hallamos ante un excelente recorrido histórico de los hitos de la reflexión moral desde su aparición, en el s. V a.C., hasta nuestra contemporaneidad. Ya en las primeras páginas, la autora declara la intención pedagógica del volumen y lo califica como una recapitulación de sus más de cuarenta años de experiencia transcurridos como profesora de ética (9). Sin embargo, es importante señalar que el enfoque pedagógico de esta obra, casi didáctico por la claridad de sus argumentaciones, no le resta vigor. En este sentido, unas palabras de Arthur Schopenhauer en su obra cumbre, *De la Cuádruple Raíz del Principio de Razón Suficiente* (1813), enfocadas a definir al *verdadero filósofo* son aplicables, hoy, a esta filósofa, pues "siempre busca luz y claridad, y se esfuerza por parecerse a un lago suizo, capaz por su calma de aunar una gran profundidad con una gran claridad, la cual es precisamente la que puede revelar su profundidad".

Ana Isabel Hernández Rodríguez
ana.isabel.her.rod@gmail.com